

F. R. Adrados

*Sobre la evolución griega de las sonantes  
indoeuropeas*

ROMA

Aziende tipografiche eredi dott. G. Bardi

1969

STUDIA CLASSICA ET ORIENTALIA  
ANTONINO PAGLIARO  
OBLATA

---

INDICE

Vol. I

<i>Premessa</i> . . . . .	p.	5
<i>Tabula gratulatoria</i> . . . . .	»	7
V. I. Abaev, <i>Isoglosse scito-europee</i> . . . . .	»	21
F. R. Adrados, <i>Sobre la evolución griega de las sonantes indoeuropeas</i> . . . . .	»	63
G. Alessio, <i>Etimologie latine</i> . . . . .	»	75
R. Ambrosini, <i>Contributi all'interpretazione di RV. X.129</i> . . . . .	»	95
H. W. Bailey, <i>Arya Notes</i> . . . . .	»	137
J. Balázs, <i>Alcuni aspetti di una tipologia indo-uralica</i> . . . . .	»	151
A. Bausani, <i>Note sui prestiti arabi nella più antica poesia neopersiana</i> . . . . .	»	173
W. Belardi, <i>Greco μανώκης tra celtico e iranico</i> . . . . .	»	189
E. Benveniste, <i>Diffusion d'un terme de culture: latin orarium</i> . . . . .	»	213
G. Bolognesi, <i>Traduzioni armene di testi greci</i> . . . . .	»	219
E. Campanile, <i>Note sulle glosse sicule e sui rapporti linguistici fra siculo e latino</i> . . . . .	»	293

Vol. II

R. d'Avino, <i>La funzionalità di ὀνομάζω e la formula ἔπος τ' ἔφατ' ἐκ τ' ὀνόμαζε</i> . . . . .	p.	7
F. Della Corte, <i>Onomastica tibulliana</i> . . . . .	»	35
C. de Simone, <i>Gli imprestiti greci in etrusco; prospettive e problemi</i> . . . . .	»	41
J. B. Djahukian, <i>Armenische Miscellen</i> . . . . .	»	65
W. Dressler, <i>Die Erhaltung der Redundanz (lateinische Beispiele für ein wenig beachtetes Prinzip der Sprach- entwicklung)</i> . . . . .	»	73

## SOBRE LA EVOLUCION GRIEGA DE LAS SONANTES INDOEUROPEAS

1. En un artículo publicado hace años en la revista «Emerita»<sup>1</sup> propusimos una explicación para los tratamientos irregulares de las sonantes en las diversas lenguas indoeuropeas. Pues es frecuente que la vocal nacida de ellas en posición silábica sea diferente de la comunmente admitida como regular. Y ello tanto en el caso de sonante entre consonantes como en el de sonante entre consonante y vocal. En efecto, en celta, eslavo e indio la existencia de varios timbres es un hecho conocido y normal, mientras que en lo relativo al hetita, ilirio y albanés los estudiosos discuten si tal timbre vocálico o tal otro es el «verdadero», y las excepciones del griego, latín y germánico se tiende a encubrirlas de diversas maneras: creyendo que se trata de otro grado vocálico, de hechos analógicos, de préstamos, de falsas etimologías, etc., cuando no se admite francamente que falta una explicación.

La posición común de la escuela lingüística que continúa imperando es doble. Unas veces se admite sin explicación la existencia de más de un timbre en la vocalización de una misma sonante vocálica en una misma lengua. Otras, se hace lo posible por apartar las excepciones con los recursos aludidos arriba, como es usual en otros casos paralelos. Entiéndase bien, no decimos que en ocasiones no deba acudir a explicaciones de esos tipos; pero solo cuando hay datos concretos para interpretar así cada uno de los ejemplos discutidos. Con frecuencia ello no es así. Se parte simplemente del principio de que las leyes fonéticas que actúan en cada lengua o dialecto son en la fecha más antigua

---

<sup>1</sup> *La vocalización de las sonantes indoeuropeas*, «Emerita» 26 (1958), pp. 249-309.

absolutamente regulares y que las irregularidades que existan son o aparentes o de origen secundario. Que hay irregularidades secundarias tampoco es dudoso. Pero que todas las irregularidades sean secundarias y todas las regularidades sean primitivas es lo que negamos que deba aceptarse. Con frecuencia esta toma de posición lleva a explicaciones de las irregularidades a base de préstamos, analogías, etc. que son puramente ilusorias.

2. Nuestra explicación de las irregularidades en la evolución de las sonantes vocálicas en el artículo citado y de otras irregularidades semejantes en trabajos posteriores<sup>1</sup>, partía de una concepción de la evolución fonética completamente diferente, que luego hemos desarrollado teóricamente<sup>2</sup>. En suma: parte de la admisión de que la ley fonética consiste en una regularización secundaria de las variantes alofónicas de un mismo fonema.

Estas variantes alofónicas deben su origen al hecho de que un fonema aparece en muy diversos contextos fonéticos, que no dejan de influir en su realización. Ahora bien, cuando se trata de evoluciones fonéticas que no tienen influjo sobre el sistema fonológico de la lengua, la regularidad de que hablamos no siempre se alcanza de un modo absoluto y total. Puede ocurrir que una palabra se sienta desconectada etimológicamente de otras de la misma raíz y que quede sustraída a la corriente regularizadora.

En el caso de las sonantes vocálicas las cosas habrían sucedido de la siguiente manera. La *r*, *l*, *ŋ*, *ɲ*, podían realizarse de dos maneras: sin o con una vocal de apoyo (precediéndolas o siguiéndolas), que facilitaba la articulación de la sílaba. Se trata de alófonos, no de fonemas distintos. Pero estos alófonos tendían, a su vez, a adquirir un timbre determinado. Junto a consonante labial o gutural este timbre era *o* o *u*; junto a dental o *s*, *e* o *i*. De otra parte, en cualquier contexto era también posible el timbre *a*, que res-

---

<sup>1</sup> *El desarrollo de las vocales de apoyo interconsonánticas en las lenguas indoeuropeas*, « Emerita » 27 (1959), pp. 155-62; *Sobre la prótesis vocálica en las lenguas indoeuropeas*, « Emerita » 27 (1959), pp. 323-44; y sobre todo *Estudios sobre las Laringales indoeuropeas*, Madrid 1961.

<sup>2</sup> *Estudios . . .*, Prólogo, p. XIII sgg.; *Loi phonétique, sonantes et laryngales*, « Emerita » 21 (1963), pp. 185-211; *Loi phonétique, Phonologie et sonantes indoeuropéennes* « Lingua » 19.2 (1967), pp. 113-144.

pondía a la tendencia a lograr la máxima abertura de la sílaba. Es decir, había una tensión entre dos soluciones; a veces entre más, pues la vocal de apoyo podía encontrarse entre consonantes de órganos diversos. Llegó un momento en que las lenguas tendieron a generalizar uno de estos timbres para cada sonante (o el mismo para varias o todas); pero, repetimos, quedaron excepciones, y, de ellas, las de timbres *o*, *u*, *e*, *i* no esperados se dan en los contextos fonéticos aludidos. Por otra parte, entre consonante y vocal había alófonos libres, a saber, la sonante iba o no precedida de vocal de apoyo si era *r*, *l*, *n*, *m*, o se vacilaba entre *i/ij*, *u/uu*. La vocal de apoyo ante las líquidas y nasales tendió también a fijar su timbre, pero quedaron excepciones paralelas a las indicadas arriba, si bien los timbres generalizados no fueron los mismos, por la diferente cronología de los fenómenos.

De esta forma no se sacrifica, creemos, lo que hay de regular en la evolución fonética ni se da de esta una imagen convencional y falsa, que obliga a sacrificar los datos ofrecidos por las diversas lenguas en honor a una teoría puramente apriorística. No solo la «ley fonética» o resultado «normal» es regular, sino que las excepciones que conservan huellas de alófonos más antiguos suceden también conforme a ciertos principios regulares; aunque no podamos fijar por qué en cada caso prevaleció o no la regularización secundaria, es decir, la «ley fonética». Incluso las irregularidades que dependen de la antigua existencia de alófonos libres (oposiciones del tipo gr. *πάρος* / *πρός*, *καρδίη* / *κραδίη*, etc.) se basan en principios generales: tipos de silabación diferentes y que coexisten según el *tempo* de pronunciación, el énfasis; etc.

3. Queríamos aportar aquí algunos datos más en el mismo sentido en lo relativo concretamente a los timbres de las vocalizaciones: como decíamos arriba, las lenguas indoeuropeas tenían un sistema vocálico que no variaba porque las sonantes vocalizaran con uno u otro de sus diferentes timbres, lo que hizo que en este campo se mantuvieran diversas excepciones del tipo aludido. Nos ocuparemos de este tema a propósito del griego. Y ello simplemente porque no conocemos estudios sobre otras lenguas indoeuropeas posteriores a nuestro artículo que argumenten en favor de posiciones tradicionales: algunos, todo lo más, continúan basándose

en ellas sin plantearse el problema<sup>1</sup>. Sobre el griego podemos aportar algunos datos nuevos y además hay dos artículos interesantes, uno de C. J. Ruijgh<sup>2</sup> y otro de Anna Morpurgo<sup>3</sup>, que querríamos discutir.

Conviene hacer antes de nada una advertencia. Las vacilaciones *o/u* y *e/i* en los mismos contextos fonéticos, ya señaladas, necesitan una interpretación. Muy posiblemente los timbres de las vocales de apoyo eran en un principio solamente tres, es decir, no había estas oposiciones, que solo se explican por la asimilación del sistema de timbres de las vocales de apoyo por el de las vocales plenas, con las cuales acabaron confundándose. El detalle de la escisión *o/u* y *e/i* es oscuro: se trata también aquí de generalizaciones de cada lengua, con restos diversos en que se rastrea la influencia de fenómenos asimilatorios y disimilatorios, es decir, de influjos de las distribuciones lejanas.

Y ahora, antes de aportar el material nuevo, demos unos pocos ejemplos de las irregularidades del tratamiento de las sonantes vocálicas en griego en lo relativo a los timbres que nosotros explicamos de la manera antedicha. Estos ejemplos se refieren unas veces a la aparición de los timbres *u*, *i*, no esperados en griego; otros, a excepciones de la regla según la cual el timbre *o* es propio de los dialectos eolios, mientras que *a* no aparece en ellos.

Veamos más en detalle:

a) Sonante ante vocal y precedida de labial, gutural o labiovelar, dando vocalismo *u*: ἄγυρις, σπυρίς, σφῦρα, μύρος, μύλη, κυρίσσω, μορμύρω, κύλιξ, σκύλλω, φῦλλον, κυλλός, κύλινδρος, πτύρω, σῦρω, σπύραθος, γυνή, πίσυρες, φῦρος.

<sup>1</sup> Los artículos de F. Edgerton, *The semi-vowel phonemes in Indo-European: a reconsideration*, «Language» 38 (1962), pp. 352-59 y W. R. Schmalstieg, *The Indo-European sonants in Balto-Slavic*, «Language» 35 (1959), pp. 16-17 se ocupan tan solo de la llamada ley de Sievers-Edgerton, que es sin duda una regularización secundaria que nunca llegó a completarse. Cf. «Emerita» 34 (1966), p. 8 sig.

<sup>2</sup> *Le traitement des sonantes voyelles dans les dialectes grecs et la position du Mycénien*, «Mnemosyne» 14 (1961), pp. 193-216.

<sup>3</sup> *L'esito delle nasali sonanti in miceneo*, «Atti Accad. Lincei» 15 (1960), pp. 321-36.

Hay formas con  $\alpha$  de estas mismas palabras: beoc. βανα, κάλιξ, σάϊρω, etc.

b) Entre consonantes, hay  $\upsilon$  entre labial o gutural y la sonante: βύρσα, κυρτός, σκυρθάλιος, μύρμηξ, γυργαθός, eol. σύρκες (cf. σάρκες).

c) Entre consonantes, hay  $\upsilon$  entre la sonante y labial o gutural: \*βρύξ, γλυκός, ρυφέω, τρύξ, τρυφάλεια, νύξ, γυμνός, ἔνυξ,

d) Entre consonantes, hay  $\iota$  junto a la sonante en inmediación de dental o silbante: ρίζα, νίσσομαι, πίνναμαι, σκιρτάω,

e) o «eolia» fuera del eolio, en distribuciones semejantes: πόλις, πολύς, σπολάς, Φρόδον, πόρδαλις (cf. πάρδαλις), cret. ἀβλοπές arg. γροφεύς.

f) Inversamente, hay  $\alpha$  por  $\omicron$  en eolio: tes. στρατος, chip. κάρζα, lesb. σπάλεις, etc.

#### 4. Veamos ahora algún material más que se puede añadir:

a) Hallamos más ejemplos de  $\upsilon$  ante sonante que va entre consonante labial o gutural y vocal (o semivocal): μυλλός (cf. μέλας); μύρον (cf. aaa. *smero*); eol. ῥυβός (cf. infra ῥύμβος); σκύλαξ, σκύλιος, κύλλα Hq. (cf. lit. *skalikas* 'perro de caza'); σκύλλω (cf. σκάλλω)<sup>1</sup>, con  $\omicron$  cf. quizá μόλυβδος < \**mlu-*, cf. lat. *plumbum*; βόλινθος junto a -βάλινθος.

b) Hay un grupo de palabras en que existe  $\upsilon$  tras  $\rho$  o  $\lambda$  precedidas de labial y siguiendo a la  $\upsilon$  una consonante cualquiera. Hay que suponer bien que hubo en un momento dado alternancias del tipo *burt-|brut-*, determinando la primera forma el timbre de la segunda, bien que la labial influyó en el timbre de ésta a través de la líquida; es conocida la permeabilidad de estos fonemas. En un caso existe junto a la forma con  $\upsilon$  una con  $\iota$  ante -τ: señal de las vacilaciones antiguas de que hemos hablado. Veamos los ejemplos:

<sup>1</sup> Frisk, *Gr. etym. Wb.* s. u. pone en duda las dos primeras etimologías, que son las tradicionales.

Un grupo es el formado por πρύτανις (lesb. πρότανις), πρυμνός (cf. ai. *nimnás*, derivado de un adv. en grado cero), hom. διαπρύσιος. La etimología más comúnmente aceptada en estas tres palabras es la que parte de *προ* en grado cero.

Otro es el de las palabras de la 'rana', conocidas en múltiples formas. Las hay que indican la presencia de sonante en la primera sílaba, mientras que otras, menos, la llevan en la segunda (βάτραχος, jon. βάθρακος, Hp. βότραχος). Entre estas dos series es a todas luces más antigua la primera, por dos razones: explica las formas con varios timbres vocálicos junto a la sonante (βρα-, βρο-, βρυ-, βλιτ-), mientras que βότραχος (Hp.) sólo puede explicarse como debido a una metátesis; el -αχος, -ιχος etc. final de la palabra es reconocido como un sufijo frecuente en nombres de animales<sup>1</sup>. Tenemos, pues: con α, βάτραχος < βρατ- (testimoniado en Hq.); con ο, βότραχος < βρόταχος (testimoniando en Xenoph. 40); con υ, βρύτιχος Hq.; con ι, βλίταχος Hq.

Aparte de estas formas pueden citarse aún: βλύζω (cf. ai. *galati*, aaa. *quellan*); ῥύμβος, ῥυμβεῖν junto a ῥόμβος (quizá también ῥαμνός); φρύσσω (cf. ai. *bhrjjáti*).

c) Junto a τάφος, es fácil que τύμβος represente otra vocalización de la nasal<sup>2</sup>.

5. Veamos cuáles son, frente a esta situación, las posibilidades de interpretar los hechos con ayuda del método tradicional, basado en la aceptación de la falta de excepciones de la ley fonética. El artículo citado C. J. Ruijgh, nos hará ver cuán poco es posible hacer con semejante método.

El micénico presenta claros casos, para quienquiera que estudie sus datos sin prejuicio, en que *r* da ya *a(r)* ya *o(r)*; *η*, *η* ya *a*, ya *o*<sup>3</sup>. Esto es exactamente lo mismo que ocurre en eolio y arcadio-

<sup>1</sup> La alternancia α/υ no debe llevarnos a postular el origen prehelénico que aquí y en casos semejantes propone van Windekens, cf. «Emerita» 20 (1952), p. 539.

<sup>2</sup> Como cree van Windekens, *Le Pélasgique*, Louvain 1952, pero atribuyendo el hecho al substrato pregriego.

<sup>3</sup> Cf. por ej. E. Vilborg, *A tentative Grammar of Mycenaean Greek*, Stockholm 1960, p. 40 (con la hipótesis de que la vocal desarrollada pudo ser enten-



chipriota, grupo dialectal estrechamente emparentado con el micénico. Pero es un escándalo desde el punto de vista de la Gramática histórica tradicional, y de ahí el intento de reducir los hechos a reglas al modo de las de los neogramáticos. La solución de Ruijgh es que en micénico, arcadio, etc.  $\zeta$  da  $\sigma\rho$  y en el resto del griego,  $\alpha\rho$ ; en cambio,  $\eta$  y  $\eta\eta$  dan siempre  $\alpha$ . Por consiguiente hay que explicar como productos recientes procedentes de préstamo, analogía, etc. todos los ejemplos contrarios a esta regla, que son muy numerosos.

Haremos observar en primer término que Ruijgh simplifica su problema mediante dos expedientes: *a*) no menciona para nada los casos de vocalizaciones diferentes ( $u, i$ ), que sin embargo existen: mientras se renuncie a hacer que estos hechos se plieguen a las «leyes fonéticas» sin excepciones, no hay fundamento para suponer a priori que las soluciones con  $\alpha, o$  deben plegarse; *b*) prescinde de los tratamientos de sonante entre consonante y vocal, que suministran muchos casos de  $\alpha$  en el grupo de dialectos que teóricamente deberían tener sólo  $o$ .

6. Entrando ya en el estudio de la dualidad  $\alpha/o$  veamos cuáles son las respuestas de Ruijgh a la falta de uniformidad del material:

*a*) Préstamo: Τέταρτος en Tegea (siglos IV/III) y formas semejantes, pueden venir de la koiné; beoc. πετρότη «s'explique, peut-être, plutôt comme élément occidental de ce dialecte», pese al tratamiento eolio de la labiovelar. Supone el autor que a la rareza de las inscripciones anteriores al sig. IV se debe el que algunas palabras no aparezcan en arcadio etc. con  $o$ ; y cita las formas con  $\alpha$ , ya desde el siglo IV (arc. στραταγοί, δαρχμά, δράσσομαι). Inversamente, una palabra como Φρόδον, que está en todo el griego, procederá de préstamo de un dialecto aqueo o eolio.

*b*) Analogía: los neutros en  $-\alpha\rho$  son demasiado regulares y Ruijgh dice que «nous n'oserions pas attribuer les formes en  $-\alpha\rho$  a l'influence épique ou à des erreurs de copiste». La hipótesis

---

dida de dos maneras diferentes). Cf. mi artículo (desconocido por Ruijgh, aunque es de tres años antes), p. 252 sgg. Ruijgh tiene ideas confusas sobre esta cuestión; cf. art. cit., p. 194, n. 2; p. 201, n. 5.

es que, por ej., ἄλειφαρ sea analógico sobre ἀλείφατος < \*-ῆτος, bien que ningún dato documental apoye esta explicación. Hipótesis que a su vez está montada sobre otra: la regularidad de  $\eta > \alpha$ . Las formas con  $\sigma$  son a su vez declaradas analógicas: sobre δύο se ha creado ὀκτό; sobre ὀκτό, \*ενεφο, δέκο y demás numerales con  $\sigma$ . El hecho de que en ático haya εἴκοσι, τριακοστός, διακόσιος es una « prueba » (?) de esto. Como se ve, son hipótesis montadas en cadena y sin apoyo alguno. A su vez ὄπατρος, etc. con  $\sigma$  < \*ση- sería analógico, creado sobre ὄμ- conforme al modelo ἄν-/ἄ-. Y en los neutros en -μη, en los que el micénico presenta ya  $a$  ya  $\sigma$  habría una imitación analógica de los neutros en -α(r) o -ο(r) explicados a su vez analógicamente, como acabamos de ver.

c) Finalmente, si queda algún hecho aun así inexplicable, queda el recurso de discutir las etimologías; así en el caso de mic. *do-po-ta*, *a-pi-go-ta*.

d) No encuentro propuesta de explicación alguna para *a-no-wo-to* (< \*-ousῆto).

7. Ruijgh es un lingüista valioso, que ha publicado estudios importantes y que en el mismo artículo que criticamos aporta cosas de interés sobre el tema de la relación entre los dialectos griegos. Pero al tratar de poner orden en la vocalización de las sonantes se ha visto reducido a acudir a toda clase de expedientes arbitrarios: si se siguen las ideas tradicionales sobre la ley fonética, no queda otra solución<sup>1</sup>. No hay demostración alguna posible de las explicaciones analógicas que propone y mucho menos de las cadenas de acciones analógicas. En este y en muchísimos casos semejantes, en vez de estudiarse el material para obtener de él conclusiones teóricas, se parte de unos principios teóricos indiscutidos y se fuerza al material a adaptarse a ellos. Se piensa que, de no obrarse así, sólo queda el caos y el subjetivismo precientífico. Así se practica, en nombre del rigor científico, la arbitrariedad más absoluta.

<sup>1</sup> Cf. art. cit., p. 198.

Un artículo de E. P. Hamp, relativo a at. γυνή, beoc. βανα<sup>1</sup>, intenta, de un modo paralelo, hallar una regularidad en ciertos tratamientos de las sonantes con vocalismo *u*. Concretamente, γυνή presenta el tratamiento regular, según él, de *yn* (es decir, <sup>o</sup>n) tras labiovelar. Hemos visto que, efectivamente, tras labiovelar, labial y gutural se hallan restos de una vocalización *u* de las sonantes. Pero el intento de convertir la regla en regular, fracasa. Automáticamente, ἐβάλην debe convertirse en analógico de ἐστάλην; beoc. βανα es a su vez irregular. Todo esto es apriorístico y arbitrario, sobre todo si se toman en cuenta a la vez todos los datos relativos al tratamiento de las sonantes y no unos pocos aislados. El mismo método conduce siempre a las mismas consecuencias.

8. Hemos puesto cuidado en insistir que el afirmar que determinados cambios fonéticos presentan excepciones no es postular una absoluta irregularidad del cambio fonético: las excepciones aparecen en determinados contextos y condicionamientos (a veces, es cierto, no fáciles de fijar) y tienen una clara justificación en hechos de Fonética evolutiva y de Fonología. En lo relativo a las sonantes griegas podemos citar precisamente un estudio que lo demuestra.

Me refiero a un trabajo aludido arriba de A. Morpurgo relativo al tratamiento de las sonantes nasales en micénico<sup>2</sup>. Aunque el material de que disponemos es muy escaso, la conclusión es clara: la vocalización *o* aparece en micénico siempre detrás de labial o labiovelar. Pero como en esta misma posición e incluso en las mismas palabras aparece también *a*, la autora concluye que nuestros textos micénicos presentan un estado vacilante, en que la *o* no había acabado de generalizarse. No queda claro si entiende que hay un paso de *a* a *o* o un desarrollo directo de *o*.

Después de lo dicho antes nos resulta una interpretación evidente que en la posición indicada era posible ya *a*, ya *o*: a veces subsiste el doblete, cf. *a-re-pa-zo-o* | *a-re-po-zo-o*. Esta dualidad tendía, como es lógico, a simplificarse. Hay dos casos en que se

<sup>1</sup> En « Glotta » 38 (1960), p. 200 sgg.

<sup>2</sup> En p. 336, n. 46 la autora señala la coincidencia de sus conclusiones con mi artículo sobre las sonantes vocálicas.

generalizó *α*: cuando se trata del acus. sg. atemático y en la partícula privativa *η-*. Ejemplo claro de que en la creación de las «leyes fonéticas» intervienen desde el principio factores semánticos, en el sentido de que crean una regularidad.

Saliendo del dominio del micénico, es sabido que en lesbio y aqueo la solución *ο* de *η*, *η* se da principalmente en numerales. Aquí, la Sra Morpurgo no se atreve a sacar conclusiones. Pero es claro que en *δέχο* y derivados, *ένο[τος]*, *λεκοτόν*, etc. es la gutural *k* la responsable de la vocalización *ο*. Esta *ο* se extiende luego analógicamente a otros numerales (incluso cret. *πέμποτος*): pero el origen está evidentemente aquí. O sea, la analogía puede ser temprana, no fenómeno secundario. En lesbio y aqueo y aun fuera de aquí se encuentran otras formas con *ο* cuya vocalización debe atribuirse igualmente a una labial o gutural vecina: *κοθαρός*, *έντόφιον*, etc.

El material micénico, finalmente, permitiría igualmente dar explicaciones semejantes a la vocalización de *γ*, *ζ*, como las dimos para el griego en general en nuestro artículo ya citado.

9. Aunque nuestro estudio de la última bibliografía sobre las sonantes griegas no tenía otra intención que dar un ejemplo especialmente claro de las dos posibles interpretaciones de la evolución fonética de las mismas, querríamos apuntar brevemente las consecuencias que pueden deducirse desde el punto de vista de la evolución de los dialectos.

Es sabido que a partir de los trabajos de Risch<sup>1</sup> se ha puesto de moda una nueva concepción de las relaciones entre los dialectos griegos: el griego «oriental» sólo hacia el año 1.200 a. Cr., ya en Grecia, se habría diferenciado en dialectos varios, mientras que es antigua la diferenciación entre este conjunto y el griego occidental. El micénico, según estas ideas, presenta una fase del griego anterior incluso a la difusión completa de los rasgos característicos de este complejo de dialectos. Esta teoría es un eco de la tendencia

<sup>1</sup> *Die Gliederung der griech. Dialekte in neuer Sicht*, «MH» 12 (1955), pp. 61-76; *Frühgeschichte der griech. Sprache*, «MH» 16 (1959), pp. 215-271; también W. Porzig, *Sprachgeographische Untersuchungen zu den altgriechischen Dialekten*, «IF» 61 (1952), pp. 147-69.

de ciertos lingüistas a considerar las isoglosas que unifican un complejo de dialectos como de difusión reciente.

No vamos a entrar en los problemas teóricos y prácticos que esta hipótesis pone ante nosotros<sup>1</sup>. Pero se ha puesto de relieve por Ruijgh<sup>2</sup> y Coleman<sup>3</sup> que los varios rasgos que unen al dorio de un lado y al jonico-ático de otro, son mucho más antiguos de lo que supone Risch: conclusiones estas que coinciden con las sentadas por mí en mi libro *La Dialectología griega* en fecha anterior a la hipótesis de Risch<sup>4</sup>. La explicación que allí daba del hecho es que en el período de relativa unidad de los dialectos griegos, fuera de Grecia, habría penetrado en el área que luego fue eolia y aquea (micénica también) una isoglosa occidental. Otras veces el griego no aqueo en general ha hecho una elección en común en forma que no puede ser independiente y que remonta igualmente a aquella época (así, al eliminar la flexión atemática de los verbos contractos).

La vocalización de las sonantes es relativamente reciente en indoeuropeo: más la de sonante entre consonantes (aún no realizada en ai.) que la de sonante entre consonante y vocal. Es posterior a la caída de *s* intervocálica<sup>5</sup>. Pero la coincidencia en generalizar *a* en todo el griego salvo el grupo dialectal aqueo, coincidiendo además con dialectos vecinos como el arm. e indo-iranio, difícilmente es casual; tampoco la elección de *o* en un grupo dialectal concreto, esparcido en época histórica en una amplia geografía. Hemos de imaginarnos la generalización de *a* y *o* según los dialectos como elecciones entre formas coexistentes, que dejaron algunos restos de las no favorecidas. Pero elecciones de fecha antigua,

<sup>1</sup> Cf., sobre la reconstrucción lingüística y diferenciación dialectal, nuestro trabajo *Die Rekonstruktion des Indogermanischen und die strukturalistische Sprachwissenschaft*, «IF», 73 (1968), pp. 1-47; sobre los métodos de interpretar las diversas isoglosas, *La Dialectología griega* cit. y también B. Coleman, *The dialect geography of ancient Greece*, «TPhS» 1963, pp. 58-126 (contrario, como yo, a la tesis de Risch).

<sup>2</sup> Loc. cit., p. 207 sgg.; antes, «Mnemosyne», II (1956), p. 113.

<sup>3</sup> Loc. cit., p. 101 sgg.

<sup>4</sup> Cf. también *Achäische, Ionisch und Mykenisch*, «IF», 62 (1956), pp. 240-48.

<sup>5</sup> Cf. Morpurgo, art. cit., p. 334.

parte del complejo de isoglosas que tendían a aislar al griego o la mayor parte de él de otros dialectos indoeuropeos vecinos. El que dialectos por otra parte tan diferentes y aislados como el ático y el laconio presenten una coincidencia a este respecto – al igual que en otros – sólo puede explicarse, en buen método comparativo, haciendo remontar esta innovación a una época en que estos dialectos apenas se diferenciaban entre sí y estaban geográficamente próximos. Así, la evolución de las sonantes es uno de los más firmes argumentos contra la hipótesis de Risch. El « griego oriental » presenta isoglosas comunes que difícilmente pudieron difundirse en Grecia y proceden de época anterior; pero a otros respectos formaba una lengua solo relativamente uniforme de la que podía diferir una zona dialectal influida por isoglosas propias o procedentes de áreas indoeuropeas contiguas.

10. En definitiva, en nuestro ejemplo, la evolución de las sonantes griegas, hemos visto cómo sólo mediante regularizaciones trabajosas, influidas por la tendencia a oponer los dialectos unos a otros o a diferenciar categorías morfológicas, pero nunca completadas del todo, se llegó a lograr una evolución fonética relativamente regular. Siguiendo sus etapas, podemos imaginarnos cómo tuvo lugar el proceso de diferenciación de los dialectos griegos y de fijación de la Fonología y el vocabulario griego. El camino a seguir es, creemos, este, y no el consistente en atribuir a priori un resultado fonético a cada dialecto y eliminar mediante diversos recursos todos los hechos que no se pliegan a la bella regularidad que se presupone. Porque, en definitiva, las teorías que se disputan el campo admiten ambas una regularidad en el desarrollo fonético. Pero para una esta regularidad se logra desde el comienzo, en forma no clarificada y que no se permite discutir; toda irregularidad se considera secundaria. Para la otra, en cambio, la regularidad es algo que se logra trabajosamente a partir de la concurrencia entre formas dobles o entre innovaciones diversas; la irregularidad puede ser antigua o, por el contrario, secundaria.

Francisco R. Adrados